Caja 93-N 1829
Caja 352-N 8008

MANUEL REINA

EL JARDÍN DE LOS POETAS

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1899

Caja 93-N-1827

Caja 152-3 8008

A LA POESÍA.

Rosal de mis delicias floreciente,
paloma de mis sueños, que has tejido
con tus sedosas plumas blando nido
para mi tierno corazón doliente:

hoy, sacra diosa, del combate ardiente
vuelvo á ti melancólico y rendido;
abrázame y un ósculo encendido
piadosa graba en mi marchita frente.

¡Oh, blanca estrella de mi obscuro cielo!
Tú, que cambias en cánticos el lloro
y en lauros las mortíferas saetas,

transforma en placidez mi desconsuelo,
abriendo á mi ilusión la verja de oro
del místico jardín de los poetas.

9 Julio 97.

JUVENTUD DE HOMERO

Amanece. Dichosa la alborada
esparce por los cielos y los campos
el raudal de su rubia cabellera.
Á su radiante aparición, las flores
cíñense la corona de rocío;
vibran en la floresta alas y besos;
el nítido plumaje de los cisnes
resplandece en los lagos; cada rosa
finge los rojos labios de una ninfa;
la tórtola palpita entre el follaje
del álamo gentil; lanza el arroyo
sus frescas risas de cristal, y Venus,
la madre del amor, blanca y desnuda,

aroma el Universo.—Es una aurora
más bella, perfumada y esplendente
que el alba que ilumina la Odisea.

Por el frondoso bosque pasa, envuelto
en purpúreo fulgor, mozo gigante
de apolino perfil, de ardientes ojos,
apostura marcial y hombros robustos
donde las recias águilas se posan.
El mancebo es un dios hijo de dioses:
bello cual la victoria, en fausto día
de un ósculo nació que diera Apolo
á Belona, la diosa del combate.
Y en los campos helénicos, su infancia
se deslizó, cual fuente cristalina,
cantando sobre céspedes. Homero
—tal es su nombre—gusta desde niño
las mieles del panal de la poesía,
y aprende, ya encendido en sacro fuego,
el himno sin palabras de los astros
y la canción guerrera del torrente.

Bañado en los efluvios de esta aurora,
su sed mitiga el arrogante mozo
en las azules ondas que acarician
y reflejan el bosque de laureles.
Y, embriagado y feliz, Homero corta
ingente lira de los duros robles,
y arranca de ella un cántico grandioso
de jamás escuchadas armonías;
un cántico tan fuerte y rutilante
como el escudo espléndido de Aquiles,
y en el que esgrime airada la Epopeya,
al rojo sol, la deslumbrante espada;
canto inmortal de exámetros valientes
como legión soberbia de guerreros
de firmes y brillantes armaduras;
cántico, en fin, que atruena los espacios
solemne y triunfador, y á cuyos sones,
de fiera envidia palidece Orfeo,
viendo rota en sus sienes la diadema
que con su lira conquistó. Vencido,
el amante de Eurídice venganza

pide á Jove, que rápido fulmina
un rayo sobre el épico poeta,
¡quedando ciegos, para siempre ciegos,
los negros ojos del cantor de Chíos:
profundos ojos en que el genio ardía,
como el dorado surco de una estrella
que cruza las tinieblas de la noche!

Septiembre 97.

ANACREONTE

A D. Marcelino Menéndez y Pelayo

El dulce Anacreonte,
el báquico poeta,
la frente coronada
de pámpanos y yedras,

en el jardín de Apolo
nos brinda sus endechas,
cual ánforas de plata
que vierten rico néctar.

Al son de sus canciones,
la blanca faz, risueña;
los verdes ojos llenos
de lumbres y promesas;

redondo, y mal velado
por negra cabellera,
el seno donde lucen
dos purpurinas fresas,

acude su adorada
provocadora y bella,
y al tierno vate cubre
de rosas y violetas.

Los dos amantes beben
un vino de oro y perlas,
en el ebúrneo cáliz
de nítida azucena.

Después, en rama fuerte
de encina corpulenta,
sentada se columpia
la erótica pareja.

Desgájase la rama,
y por el césped ruedan,

gozosos y abrazados,
la hermosa y el poeta.

Entonces, irisadas,
las olas centellean;
los céfiros suspiran;
los pájaros se besan;

sobre sus verdes tallos
de amor las flores tiemblan,
y el sol, el sol de fuego,
inflama cielo y tierra.

Julio 97.

ESQUILO

A D. Víctor Balaguer.

En noche tenebrosa
nació el titán valiente,
su aparición cantando
siniestro el vendaval;
más, al lucir el día,
grabó en su tersa frente
el áureo sol de Atenas
un ósculo inmortal.

Sus fiebres y sus llamas
dió Esquilo al arte griego:
¡Esquilo, alma grandiosa,
soberbio luchador,
envidia de centáuros,

en el corcel de fuego
de rutilantes ojos
y escape volador!

Terrible, apostrofando
la odiosa tiranía,
Esquilo en sus tragedias
vertió copas de hiel;
y al par que el verde lauro
ciñó de la poesía,
ganó de las batallas
el épico laurel.

Yo, Esquilo, oigo en tus versos
rugidos de leones,
estruendo de combates,
furiosa tempestad,
y el trágico sollozo
que, en hierros y en prisiones,
arroja el alma, ansiosa
de luz y libertad.

Tu patria, viejo Esquilo,
vió al lúgubre gigante,
que sufre de los dioses
la eterna maldición
y lanza, retorciéndose,
blasfemia delirante,
atado con cadenas
á altísimo peñón;

tu patria, enternecida,
vió al triste Prometeo,
el que la luz celeste
lograra arrebatar,
el hombre atormentado
por el voraz deseo,
cuyo dolor no pueden
las Ninfas consolar;

tu patria vió en la escena,
por ti representado,
al mártir de los dioses,

con tan febril pasión,
que el pueblo de las Artes
gritaba entusiasmado:
«¡Esquilo á Prometeo
robóle el corazón!»

Enero 98.

CATULO

—¡Madre Venus! Mi Lesbia querida,
mi estrella de amores,
hoy, de celos punzantes herida,
se deshace en furiosos clamores.

Yo te ofrezco dos tórtolas blancas
del más tierno arrullo,
si sonrisas alegres arrancas
á su labio, encendido capullo.

Hoy que Lesbia, con ojos airados,
me arroja á las simas
del dolor, en sus bucles dorados
canta el pájaro azul de mis rimas.

Siempre amé su perfil noble y puro,
su voz melodiosa
y sus trenzas brillantes: ¡lo juro
por sus senos de nácar y rosa!

Y aunque llene mi pecho de espinas
con loca fiereza,
la amaré: ¡que en sus formas divinas
alza un himno triunfal la belleza!

Hoy la sed de su amor me sofoca
y, en dulce embeleso,
yo quisiera entonar en su boca
una endecha mezclada á su beso.

Calma ¡oh Venus! su cólera ardiente,
sus ciegos enojos;
lirios ciñe á su cándida frente
y un relámpago enciende en sus ojos.

Yo te ofrezco dos tórtolas blancas
del más tierno arrullo,
si sonrisas alegres arrancas
á su labio, fragante capullo.—

Así el gentil Catulo de estro hirviente,
que cual nube inflamada centellea,
rogaba ante el altar resplandeciente
donde se adora á Venus Citerea.

Lesbia oyó la plegaria de su amante
y, perdonando al genio sus agravios,
le dijo enamorada y palpitante:
—Si tienes sed, apágala en mis labios.—

Febrero 98.

ADOLESCENCIA DE VIRGILIO

A D. Antonio Maura.

I

Hoy en el sacro bosque hay más raudales,
más arpegios y aromas;
y en el aire, á los rayos matinales,
esplende una bandada de palomas
como un hilo de perlas orientales.

II

Muestran sus frescos labios sonrïentes
las rosas de escarlata;
y al pasar, con sus alas relucientes,
abre en el claro espejo de las fuentes
la golondrina azul surcos de plata.

III

Á la sombra de acacia desbordante
de hermosa florescencia,
duerme un joven de pálido semblante,
cuya frente corona el centellante
resplandor de la alegre adolescencia.

IV

Es el sublime ruiseñor mantuano,
que en venturoso día
ha de cantar con estro soberano
las hazañas del príncipe troyano,
los campos y su rústica armonía.

V

Evocará á las ninfas y á las hadas;
y, rey de los poetas,
legará á las naciones admiradas
sus églogas radiantes, perfumadas
con claveles, jazmines y violetas.

VI

De límpida cascada rumorosa
el velo de colores
rásgase, y surge peregrina diosa
con rubia cabellera luminosa
que baña al verde bosque en esplendores.

VII

La deidad, cuyas formas deslumbrantes
las ondas han ceñido
con una red de nítidos brillantes,
posa en la frente del garzón dormido
sus amorosos labios palpitantes.

VIII

Despiértase el mancebo, y corre en vano
tras la ninfa hechicera
que huye veloz por el florido llano;
mas logra arrebatar su ansiosa mano
hilos de su dorada cabellera.

IX

Y á dos ramas cubiertas de fragantes
rosas de nieve y grana
ata el joven las hebras fulgurantes,
que vibran como cuerdas resonantes..
¡y alza el vuelo la endecha virgiliana!

Julio 97.

OVIDIO

I

¿Veis esa alegre y rápida galera
que al viento da sus velas de escarlata
y resplandece al sol, como una hoguera,
sobre las olas de zafir y plata?

De Grecia, la inmortal, del mar sereno
que alegran cantos, risas y fulgores,
viene la rauda nave, en cuyo seno
vuelve á Roma el autor de *Los Amores*.

Ovidio en la áurea Grecia ha recorrido
los misteriosos bosques de laureles,
y en la campiña helénica ha bebido
auras de libertad y áticas mieles.

Mas cuando arriba á la ciudad de Octavio
se entrega á las eróticas delicias,
con estrofas de llamas en el labio
y el corazón sediento de caricias.

Y ciñendo, en ruidosas bacanales,
de húmedas flores rústicas guirnaldas,
gusta el amor en boca de corales
y los vinos en copas de esmeraldas.

Y sobre lecho de claveles rojos
recita, del placer en los excesos,
versos que brillan cual divinos ojos
y canciones que estallan como besos.

II

¿Adónde va esa lúgubre galera
que desatado el aquilón azota?
¿Adónde va, surcando la mar fiera,
roto el velamen y la enseña rota?

Con el insigne Ovidio, hoy desolado,
al destierro la nave se encamina.

El crimen del cantor es ser amado
por Julia (1), su ilusión y su rüina.

Y cuando, tras borrascas pavorosas,
á Tomes llega el afligido vate,
su corazón, jardín lleno de rosas,
marchito ya, desesperado late.

En el destierro, bajo el lloro ardiente,
toma su inspiración sublime giro,
cual abre, bajo el agua transparente,
la flor del loto su urna de zafiro.

En el destierro brotan, encendidas
en la llama voraz de un noble anhelo,
sus *Epístolas*, águilas heridas
que hacia Roma imperial tienden el vuelo.

En el destierro, en fin, son arrancadas
á su amoroso corazón doliente
Las Tristes, ¡que fulguran como espadas
rojas hasta la cruz de sangre hirviente!

Septiembre 97.

(1) La hermana de Augusto.

MUERTE DE KALIDASA

A D. Vicente Colorado.

I

Kalidasa, egregio autor
de eximio drama crüel
y enamorado cantor
por cuyos versos de amor
fluye un arroyo de miel,
adora á gentil doncella
de áurea guedeja luciente
como el fleco de una estrella;
de faz pudibunda y bella
y corazón de serpiente.

Pomas en marfil labradas
semejan sus senos duros;
son altivas sus miradas;
sus ojos, fieros y obscuros
cual nocturnas emboscadas.

II

En noche de resplandores
—que á las delicias provoca,—
entre follajes y flores,
el cantor de los amores
besa á su amada en la boca.

A los ósculos crujientes,
dos tórtolas, en las ramas,
dan sus arrullos ardientes,
y luciérnagas y fuentes
resplandecen como llamas.

Y al genio dice la hermosa:
«El Rey ofrece un tesoro

á quien con más ingeniosa
vena y ritmo más sonoro
escriba un canto á la rosa.»

«No inquietes mi fantasía
—responde el tierno doncel;—
que esta noche, prenda mía,
despósanse en esta umbría
la azucena y el laurel.»

«Haz el canto por mi amor,
ó sentirás mis agravios.»
«¿Hay canto más seductor
que el que ahora estampan mis labios
sobre los tuyos en flor?»

Mas ella tanto le acosa
con sus ruegos y querellas,
que él, con mano presurosa,
á la luz de las estrellas,
escribe el *Canto á la rosa.*

Luego, de placer rendido
y bajo el aliento leve
de su dulce bien querido,

entre sus brazos de nieve
prisionero, se ha dormido.
Una mirada infernal
lanza al preclaro varón
aquella mujer fatal,
y le sepulta un puñal
en el noble corazón.
Gime el ruiseñor canoro;
tristes, las brisas murmuran;
solloza un raudal sonoro,
y los álamos fulguran
con el ámbar de su lloro.

III

La joven de alma nefanda,
en apostura orgullosa,
entrega el *Canto á la rosa*
al Rey artista, en demanda
de su oferta generosa.
Cuando el monarca leyó

los versos, con voz esquiva
á la joven preguntó:
«¿Quién hizo estas rimas?» «Yo»,
dijo la belleza altiva.

Y el Rey gritó: «Tu impostura
me inflama en indignación,
¡miserable criatura!
Versos de tal hermosura
del gran Kalidasa son.

La misma mano traidora
que hirió al vate, le ha robado
esta endecha embriagadora,
vestida, como la aurora,
de púrpura y de brocado.»

. . . . . .

Á la mañana siguiente,
corta el hacha reluciente
del verdugo, la cabeza
á la trágica belleza
de corazón de serpiente.

Enero 98.

DANTE

(PENSAMIENTO DE A. BARBIER)

¡Oh ardiente gibelino! ¡Oh genio augusto,
cuando, al fulgor sangriento del Ocaso,
contemplo á solas tu broncíneo busto

de aguileña nariz, de rostro raso
y enjuto, de mirada penetrante
como una espada y tan temida acaso; (1),

no puedo refrenar, sublime Dante,
mi angustia, y una lágrima encendida
resbala por mi pálido semblante:

(1) Terceto de *La Selva obscura*.

¡tan bien grabó tu desolada vida
su honda huella, con hierro incandescente,
en tu severa faz entristecida!

¿Quién arrugó tu soberana frente —
ceñida, cual de fúnebre mortaja,
por negra caperuza? ¿Fué el torrente

de los años, que todo lo desgaja,
ó de la ingratitud la daga fría
que, marcando la frente, el pecho raja?

¿Fué en la prisión recóndita y sombría,
ó en el destierro, liberal soldado,
premio á tu patriotismo y bizarría,

donde tu labio, en hieles empapado,
por siempre enmudeció, contra la loca
vil multitud, de maldecir cansado?

La sonrisa que vaga por tu boca,
como siniestra mariposa obscura,
¿el altivo desprecio la provoca?

¿Signo es de compasión, ó de ternura?
¿Es pálido reflejo de tu ira,
ó la espuma del mar de tu amargura?

El desprecio es tan sólo el que la inspira:
desprecio altivo hacia la tierra ingrata
que hirió tu pecho y ultrajó tu lira.

¡Cómo tu rostro lúgubre delata
que al cívico valor ahogado viste
de humana sangre en roja catarata!

¡Cuánto, excelso varón, cuánto sufriste
al contemplar la rutilante aurora
de la verdad, cambiada en noche triste!

Creyendo voy que, bajo el bronce, llora
tu corazón, henchido de dolores,
la muerte de tu amada seductora;

de Beatriz que, vestida de esplendores,
surgió á tus ojos, en feraz pradrera,
cual surtidor de plata entre las flores.

Tú viste arder en espantosa hoguera
las víctimas del negro despotismo
y ondular de los vicios la bandera.

Sondaste de las almas el abismo,
y ante tí, la voz «¡patria!», deshonrada
fué por el labio impuro del cinismo.

Tú viste de la ley rota la espada;
impune el crimen; la maldad, triunfante,
la virgen libertad, mustia y violada.

¡Oh inmortal florentino! ¡Oh viejo Dante!
Bien sientan las arrugas á tu frente
y el lívido color á tu semblante.

¿Cómo no, si en tu pecho y en tu mente
llevabas, como á un mundo de precitos,
la miserable humanidad doliente!

Comprendo los anhelos infinitos
de tu alma egregia; tu mortal quebranto,
y de tu ardiente cólera los gritos.

Comprendo que las iras y el espanto
agitaran tu lira ronca y fiera,
nave que flota en piélago de llanto.

Comprendo, en fin, que, al ver tu faz severa,
terrible imagen del pesar eterno,
una mujer en Rávena dijera:
«Es Dante, que retorna del infierno.»

Enero 98.

TASSO

A D. José Castillo y Soriano

I

Como Reinaldo, el ínclito guerrero
de la regia armadura,
que cayó prisionero
en los lazos de mágica hermosura,
Torcuato Tasso, el noble caballero,
cruzado de la excelsa poesía
que la fama preclara
de los cruzados épicos cantara
en versos rebosantes de armonía;
versos en que resuenan, penetrantes,
los gritos de los bélicos clarines,
el crujir de las armas centellantes,

de los corceles la veloz carrera,
redoblar de tambores y la fiera
voz de los esforzados paladines;
Tasso, como el guerrero adormecido
en el regazo de la bella Armida,
junto á Leonor, dichoso, da al olvido
los terribles combates de la vida.

II

¿Quién es Leonor? Una princesa hermosa
de cuya faz la seducción emana
como el perfume sale de la rosa.
En su pupila azul, de la mañana
ostenta los magníficos destellos;
en su boca fragante,
de la tarde la púrpura brillante,
y el color de la noche en sus cabellos.

Cuando nocturnos céfiros orean
en su verde jardín plantas y flores

y los astros platean
los jazmines, las aguas bulliciosas,
los cisnes, los lucientes surtidores
y las blancas estatuas de las diosas,
la princesa adorada
sale de su palacio
y se sienta á la margen perfumada
de un raudal, semejante á la cascada
que en oda insigne describiera Horacio.

Allí el vate y Leonor sus almas prenden
en la áurea red de dulces embelesos,
mientras las aves del jardín aprenden
la música vibrante de los besos.

III

Al duque Alfonso, hermano de la dama
que el épico enamora,
una lengua traidora
denuncia la pasión que al genio inflama.

Y en mañana de estío
llena de sol, de aromas y canciones,
Torcuato Tasso, intrépido y sombrío,
riñe con el traidor, en desafío,
jinetes en dos ágiles bridones.
Tasso, con ira ardiente,
derriba al delator, de una estocada,
terminando el combate;
limpia en la crin de su corcel valiente
la enrojecida espada,
y á su caballo clava el acicate.

IV

El denunciado amor del noble vate
y de la dama hermosa
hunde á Torcuato en cárcel tenebrosa.
Lamenta el triste, en cláusulas de fuego,
sus bárbaras prisiones
y, de cólera ciego,

arranca ásperos sones
y amenazas de mar embravecido
á su lira de hierro—¡lira ingente
donde hicieran las águilas su nido!
En la carcel desbórdase el torrente
de su genio sublime, donde un coro
de innúmeros artistas ha llenado
sus ánforas de oro.
Clama el cantor allí, desesperado,
con acentos viriles,
al verse escarnecido
por almas sin pudor: ¡siempre los viles
hacen leña del ídolo caído!

Ya lúgubre agoniza su esperanza
clavada en una cruz; ya ni un sollozo
su corazón atribulado lanza,
ni brota de su lira un solo arpegio,
cuando se abre su obscuro calabozo,
y el seductor la libertad alcanza.

Entonces Roma, henchida de alborozo,
ofrece al vate egregio

la corona de lauros esplendentes
con que la Fama ciñe, en fausto día,
las olímpicas frentes.
Y cuando ya aclamaban su poesía
y, en su ancha copa, rebosando hervía
el licor espumante de la gloria,
mal repentino su existencia hiere
y, como el gran Epaminondas, muere
bajo las alas de inmortal victoria.

Noviembre 98.

Á LEOPARDI

La desesperación, la musa fiera
coronada de sierpes, delirante,
clavó en tu labio un ósculo vibrante
y en tu pecho su garra de pantera.

Desde entonces, la virgen primavera
fué á tus ojos impúdica bacante;
antorcha funeral el sol radiante;
sepulcro inmenso la celeste esfera.

Sin fe ni amores, ciego por el llanto
y henchido el corazón de penas hondas,
abominas del mundo y de tu suerte;

y das al viento tu sublime canto,
cristalino raudal de amargas ondas
que refleja al espectro de la muerte.

Febrero 99.

FIRDUSI

I

El trovador de Persia, el gran Firdusi,
autor de rimas áureas,
ya tiernas como el cáliz de los nardos,
ya fuertes cual la pluma de las águilas;

el trovador de Persia, que á los héroes
ensalzó de su patria,
narrando sus gloriosas aventuras,
lances de amores y épicas batallas,

condenado á morir de sed rabiosa
se desespera y clama,
encadenado á orillas de una fuente
de arrulladora voz y linfas claras.

Sufre el atroz suplicio, porque el triste
en una cena orgiástica
bebió en el vaso de Zelinda bella,
del iracundo shah la dulce amada.

Nadie templa la sed del nuevo Tántalo.
El que la satisfaga
será marcado con ardiente hierro
por el verdugo, para eterna infamia.

Gentil y valerosa, virgen rubia
de celestes miradas,
llena en la fuente un cántaro y lo entrega
al varón más egregio de su patria.

II

Ante el shah, entre esbirros comparece
la joven, triste y pálida,
desatado el cabello, que serpea,
como arroyo de lumbre, por su espalda.

Y dice al soberano: «Excelso príncipe,
tu cólera desata
si he delinquido: amparo de mis padres
fué el gran cantor, y escudo de mi infancia.»

El shah responde á la beldad sublime:
«¡Oh doncella bizarra,
tu corazón es grande como el cielo
y más ardiente y puro que la llama!

»No castigos, corona inmarcesible
mereces por tu hazaña.
¡La gratitud, la gratitud divina,
es la azucena en el jardín del alma!»

Luego, ofrece á la intrépida hermosura
un cántaro de plata
rebosante de joyas, y liberta
al varón más egregio de su patria.

Enero 99.

HAFIZ

A D. Miguel Moya.

Entre la verde espesura,
vibrando al compás sonoro
de un arroyo que murmura,
llena de encanto y dulzura
se oye una flauta de oro.

Es la de Hafiz, el cantor
de la purpurina rosa
y del vino embriagador,
quien, en brazos de una hermosa,
entona endechas de amor;

endechas apasionadas
que nos hablan de placeres,
de frondosas enramadas,
de bellísimas mujeres
y caricias regaladas;

de esquifes—nidos flotantes
de juveniles amantes—
que van dejando, al pasar,
sobre el azulado mar
una estela de diamantes;

de copas resplandecientes
henchidas de rojos vinos,
de murmuradoras fuentes,
de frescos labios rïentes
y senos alabastrinos.

Termina el canto de amores
Hafiz, con que humilla el coro
de los tiernos ruiseñores,

y arroja al césped de flores
su dulce flauta de oro.

Besa después á su amante
en los labios carmesíes,
y escancia en copa brillante
límpido néctar fragante
de espumas y de rubíes.

En el vaso del poeta,
leve mariposa, inquieta,
sepulta sus regias galas,
y en el vino la indiscreta
pierde sus radiantes alas.

De la onda de plata y fuego
libra al insecto el cantor
y, por alas de color,
da á la mariposa luego
dos pétalos de una flor.

Y, símbolo del divino
vate del amor y el vino,
alegre la mariposa
desde el vaso cristalino
vuela al pecho de la hermosa.

Julio 97.

EL ENSUEÑO DE SHAKESPEARE

Á D. Eugenio Sellés.

Rubio como la mies, fuerte y bizarro
cual griego luchador, en clara tarde
Shakespeare, adolescente, perseguía
los ciervos en el bosque, cuando, hiriendo
con singular destreza á nívea corza,
vió, extático y alegre, convertirse
la débil res, más blanca que la luna,
en juvenil deidad. Su noble rostro
era pálido y bello; sus miradas
entre copiosas lágrimas lucían,
como relumbra el sol entre la lluvia;
manaba de su pecho hilo de sangre
y calzaba su pie regio coturno.

La hermosura, en el hueco de su mano,
dió al mancebo á beber las gratas linfas
de un raudal melodioso, y, de repente,
el joven cazador se hizo poeta,
y el yate se hizo dios. Luego, abrazado
á la beldad, su generosa musa,
caminando por lóbrego sendero
erizado de abrojos punzadores,
asciende á excelsa cumbre. Á las grandiosas
llamaradas del genio soberano,
allí aparecen Hamlet, siempre inquieto
y sarcástico siempre y doloroso;
Ofelia deshojando húmedas flores
y dando al aire su canción, más triste
que el fúnebre clamor de una campana;
la sublime, dulcísima Cordelia
junto á su viejo y abatido padre,
como un rosal al pie de torre hundida;
Otelo, por la víbora mordido
de los furiosos celos, fulminando
la terrible centella de sus ojos

sobre su esposa, corazón más puro
que los lirios que adornan los altares,
y, envuelto en sombras, Yago, el torvo Yago,
siempre encubriendo, con falaz sonrisa,
su odio infernal. Allí aparecen Mácbeth,
encadenado al vengador fantasma
de su delito; la siniestra Lady,
más que la muerte, aterradora y fría,
más vil que la traición; Julieta, hermosa,
su faz aún encendida por el beso
que interrumpió la alondra con su canto;
Titania, envuelta en fúlgidos celajes
de mágica leyenda; los monarcas
Juan y Ricardo, de almas tenebrosas
cual negro calabozo; Julio César,
la frente iluminada por el genio
como cielo dorado por la aurora;
el valeroso y rudo Marco Antonio,
que cambia su laurel por las caricias
de coronada sierpe, y Coriolano
rompiendo, enternecido por el lloro

de su madre infeliz, la invicta espada.
Aparecen también sobre la cumbre
Pericles, Shilock, Fálstaff, Cimbelina,
Timón de Atenas, Próspero, Teseo,
Mansilio, Horacio, Póstumo, Miranda,
Porcia, Antígono, Puck, Viola, Calíban...
y brujas, espantables como el crimen,
y hadas más bellas que el amor. De pronto
rugen los huracanes desatados,
se hunde en la sombra el sol, y larga noche
cubre con sus tinieblas á la musa,
al vate y á sus héroes. La mañana
brilla al fin, y en la cumbre reaparecen
la bella inspiradora, el dios britano
y sus maravillosas creaciones
¡bañados en la luz de eterno día!

***

Tal ensueño al altísimo poeta
arroba en clara tarde, en que, arrullado
por deliciosos céfiros de gloria,

se duerme al pie de su morera amada,
árbol que finge resonante lira:
son las ramas sus cuerdas vibradoras;
su música, los cantos de las aves.

Diciembre 98.

MILTON Y DÉBORA

I

Rueda á la tumba Cromwell, el austero
famoso Protector, que derramara
sobre su pueblo beneficios tales
como los que la lluvia generosa
vierte en los campos, y el insigne Milton
que á Oliverio, en sus ínclitas empresas,
se unió, como el laurel se enlaza al roble
en corona triunfal, su voz levanta
aconsejando á su nación convulsa
fe, constancia y valor. El ígneo verbo
del gran republicano, en cuyas venas
la sangre hierve de los hombres libres,

su patria desatiende, y reina el hijo
del infeliz monarca degollado.
Al estallar las iras y venganzas
de la grey vencedora, huye el poeta
y erige un templo á las celestes musas
en su escondido hogar; mas pronto el cuervo
de la desdicha en su morada vuela,
y la luz desparece de los ojos
del genio infortunado. Entonces crecen
las alas poderosas de su numen,
y es más bello y armónico su canto:
los ruiseñores que los ojos pierden
cantan con más hermosa melodía.
Y surge su magnífico poema,
crepúsculo, de llamas coronado,
y bosque secular, á cuya sombra
percibe el alma las grandiosas voces
de los himnos homéricos.

II

Sonríe
alegre el sol en la cerúlea esfera,
y auras primaverales por los campos
llevan el regocijo de la vida.

En floreciente parque, el ciego Milton
vaga apoyado en Débora, su dulce
hija adorada—rutilante luna
que ilumina la noche del poeta,—
cuando aparece el rey Carlos segundo,
seguido de brillante comitiva,
y con áspero acento y faz airada
grita al noble cantor: «Coplero infame,
Dios castigó tus crímenes cegando
tus ojos de reptil». Débora, entonces,
responde altiva al déspota sañudo:
«Sombras hay en los ojos de mi padre;
pero en su corazón luce la aurora;
y si ostentas soberbio una diadema,
¡otra de más valor su frente ciñe!»

Calla, y enjuga con sus frescos labios
una lágrima ardiente que corría
por el pálido rostro del poeta.

Débora, luego, con su padre á solas,
le dice llena de ternura y brío:
«¡Qué importan á tu nombre y tus virtudes
los apóstrofes viles de un cobarde,
si tu honor resplandece como un astro,
y en la férrea armadura de tus versos
embótanse las balas de la envidia
y del odio el puñal! Padre del alma,
las espinas que hoy clavan en tus sienes,
serán en las edades venideras
rayos de intensa luz; y á semejanza
del triunfador histórico que uncía
á su carro á los príncipes vencidos,
atados llevarás á la carroza
de tu fama inmortal pueblos y reyes,
de tu sublime inspiración esclavos!»

Diciembre 98.

SHELLEY

A D. S. González Anaya.

Junto al golfo de Spezzia resplandece
mansión alabastrina,
que entre los verdes árboles parece
desnuda y blanca ondina;

mansión feliz que aroman los rosales
y arrulla el mar sonoro,
y en que canta una fuente de cristales
como un arpa de oro.

Todo á la paz y á los deleites brinda
en tan bella morada,
donde el autor de *Elena y Rosalinda*
se oculta con su amada.

En cien batallas por el odio herido,
y triste el alma inquieta,
reposo logra al fin en ese nido
el inmortal poeta.

Las mieles gusta allí de la alegría,
ya libre de combates,
de Byron en la dulce compañía
y otros insignes vates.

Schelley, adorador del mar bravío,
al son de barcarolas
suele bogar en rápido navío
por las hirvientes olas.

Mas una tarde, en que furiosa ruge
la tempestad aciaga,
la embarcación, desarbolada, cruje,
¡y el mísero naufraga!

Á la playa después, el mar, calmado,
lanzó, como trofeo

de su victoria, el cuerpo destrozado
del infeliz ateo.

Entonces Byron, el cantor sublime
de los negros dolores,
junto al cadáver de su amigo gime,
cubriéndolo de flores.

Luego con cedro y sándalo encendidos
forma hoguera radiante,
y da á las rojas llamas los queridos
despojos del gigante.

Y en regia copa de marfil encierra
las cenizas del noble compañero;
lanza alaridos de clarín de guerra,
y al mar retando le maldice fiero.

Agosto 97.

ANDRÉS CHENIER

De cólera sublime el alma llena
y de piedad ardiente,
defiende al rey, con ímpetu valiente,
cuando el furor contra el monarca truena.

—

Y á prisión reducido, se enamora
de *cautiva hermosura*
que, olvidando la propia desventura,
por las desdichas de su patria llora.

—

El rostro de la bella dolorido
y su seno de nieve
dignos son de inmortal bajo-relieve
en pentélico mármol esculpido.

—

Arde el sol en su rubia cabellera;
la luna en su mirada,
y es su frente más pura y nacarada
que la concha en que Venus la luz viera.

—

Junto á su amada tiembla de alegría
y de pasión el vate,
y en su cerebro arrulladora late
la paloma torcaz de la poesía.

—

Y grita ante el fantasma de la muerte
cuando fiero le acosa:
»Quiero vivir para mi joven diosa;
quiero vivir por defender su suerte.

—

»Quiero vivir—después con ira clama—
por saciar mis furores
azotando á los viles opresores
de la nación con látigos de llama.

—

«Quiero ¡oh franceses! conservar la vida,
para teñir mis manos
con la sangre infernal de los tiranos
y escupir en su frente maldecida.»

—

Y cuando, en tarde lúgubre y helada,
al patíbulo sube,
en los espacios flota negra nube
cual funeral bandera desplegada.

—

Y Chenier, sofocando sus querellas,
dice en la guillotina:
«¡Muero por la verdad, virgen divina,
coronada de abrojos y de estrellas!»

—

Del crepúsculo rueda á la vislumbre
la cabeza del lírico valiente,
y, en copioso raudal, su sangre hirviente
salta sobre la fiera muchedumbre.

Diciembre 97.

BERANGER

Del Sena á la verde orilla,
tan alegres como bellos,
dos juveniles amantes
van por rústico sendero.

Alada canción de amores
vibra en los labios bermejos
de la hermosa, como un pájaro
sobre flor de rojos pétalos;

canción rota á cada instante
por el gallardo mancebo
que, en la boca de su amada,
imprime cálidos besos.

La virgiliana pareja
llega á un blanco merendero
que adornan lascivas parras
y aroma rosal espléndido.

Anciano de rostro grave
y de nevados cabellos
se halla sentado á la puerta,
rico Borgoña bebiendo.

¡Bien pregonan que el anciano
fué militar noble y fiero,
en su faz las cicatrices
y las cruces en su pecho!

Á la gallarda pareja
ofrece su vaso el viejo,
y dice á la dulce niña,
con melancólico acento:

—Linda joven, vuestro canto
me ha conmovido en extremo,

despertando en mi memoria
todo un mundo de recuerdos.

Conocí al vate adorado,
al célebre cancionero
que arrancara esas estrofas
de su corazón de fuego.—

—¿Al gran Beranger?—preguntan
la muchacha y el mancebo.
—¡Al gran Beranger!—responde
el anciano, todo trémulo:—

Sí; conocí al patriota,
no más alto por su genio
que por su amor fervoroso
á la juventud y al pueblo.

Una mañana gloriosa
en que, de entusiasmo lleno,

en París yo me batía,
la libertad defendiendo,

herido por la metralla,
rodé, atravesado el pecho,
socorriéndome, piadoso,
un hombre sencillo y bueno.

¡Era el insigne poeta,
en cuyos fragantes versos
suenan bulliciosas risas
y estallan vibrantes besos,

y en que la voz de la Patria
se mezcla á los sones bélicos
del tambor y los clarines
de nuestro bizarro ejército!—

De pronto, calla el anciano
viendo pasar á lo lejos,
entre músicas guerreras,
á un brillante regimiento.

Y, unidos por un abrazo,
la hermosa, el galán y el viejo,
gritan:—¡Vivan los valientes
y su noble cancionero!

Agosto 97.

VÍCTOR HUGO

A D. Luis Royo y Villanova.

¿Recordáis á aquel épico gigante
de ojos de fuego y de facciones duras,
que Hugo cantara en himno resonante
cual choque de guerreras armaduras?

Era un coloso que, de cumbre en cumbre,
los escarpados Alpes recorría,
y cuyo aliento de huracán la lumbre
del sulfúreo relámpago extinguía.

Èl luchó con la mar siniestra y brava
y la terrible cólera del cielo,
y con sus férreas manos apresaba
las águilas caudales en su vuelo.

Era un titán, cuya mirada fiera
hizo temblar á tigres y leones;
recio gigante, cuyo puño hundiera
en el polvo á esforzados batallones.

¿Recordáis al atleta soberano?...
Víctor Hugo, el espíritu radiante,
el sublime poeta, digno hermano
fué de ese rudo y épico gigante.

Hugo, el titán, detuvo con su frente
negra nube de cóleras preñada,
y al trueno arrebató su voz rugiente
y á la centella su fulmínea espada.

Movió el gigante asoladora guerra
á los crímenes, vicios y falsías,
y marcó á los tiranos de la tierra
con los rojos carbones de Isaías.

Profeta vengador, arrebataba
con su verbo encendido á las naciones,
y, Hércules irritado, con su clava
hizo morder el polvo á cien legiones.

Mas en este coloso áspero y duro

ocultábase tierna alma divina,
como paloma en agrietado muro,
como panal de miel en hueca encina.

El vate consolaba los dolores
prodigando á raudales su cariño;
coronó á la virtud con gayas flores,
y la cuna meció del blando niño.

Y á diferencia del audaz gigante,
del cielo retador y la mar brava,
que, sorprendiendo al águila triunfante
en su vuelo solemne, la apresaba,

Hugo, el gran Hugo, como en Francia viera
la sacrosanta libertad cautiva,
la jaula quebrantó con mano fiera,
¡y el águila voló noble y altiva!

Agosto 97.

JUVENTUD DE MUSSET

A D. Manuel Cano y Cueto.

I

Mimí Pinson, la griseta
seductora,
arrulla, dulce y coqueta,
con su risa trinadora
la juventud del poeta.

Junto á su amada, el cantor
da al olvido
toda amargura y dolor,
al pie de rosal florido
donde mora un ruiseñor.

Y ella, con vivos fulgores
en los ojos,
al vate de sus amores
ofrece sus labios rojos
y una corona de flores.

Y á la luz de astros radiantes
y entre notas argentinas
del ave, estallan triunfantes
las rotas frases divinas
y el beso de los amantes.

II

En tarde resplandeciente
y aromada,
reclina el genio la frente
sobre el cabello esplendente
de su gentil adorada;

cuando, envuelto en áurea bruma,
cruza el cielo
cisne blanco, cual la espuma,
que, herido, pierde en su vuelo,
una ensangrentada pluma.

Con rápida sacudida
se alza el vate,
y ase, el alma conmovida,
la pluma en sangre teñida
cual lanza tras del combate.

Y arranca de ella el tesoro
de sus más tristes canciones,
bajo cuyas alas de oro
se anegan en dulce lloro
los dolientes corazones.

Agosto 97.

LIGENZA

A D. Alfredo Vicenti.

I

Muestra Polonia, mártir sin ventura,
su veste desgarrada,
y en el pecho, transido de amargura,
hundida fiera espada.

—

Sus hijos lloran lágrimas candentes,
y arrancan de sus liras
himnos que estallan, bravos y rugientes,
en vengadoras iras.

—

Sobre todos los cantos se levanta
clamor, de angustia lleno,
que á los verdugos de Polonia espanta
con su fragor de trueno.

—

Es la voz del más ínclito poeta
de la nación vencida;
es la protesta audaz de un alma inquieta
para el dolor nacida.

—

Es la canción que surge bramadora,
cual férvido torrente,
y va envuelta en la llama abrasadora
de los soles de Oriente.

—

Es el sollozo de Ligenza, el vate
de infortunada vida,
que en las sombras libró rudo combate
por su patria querida;

—

gran corazón, á quien el hado impío
rompió las níveas alas,
como la blanca vela de un navío
deshecha por las balas;

—

genio que, al ser besado por la muerte,
lanza vivas centellas,
y en cuya tumba el odio se convierte
en reguero de estrellas.

II

Muestra Polonia, mártir sin ventura,
su veste desgarrada,
y en el pecho, transido de amargura,
hundida fiera espada.

—

Y para honrar de su cantor valiente
los tristes funerales,

cita en Varsovia, la ciudad doliente,
á sus hijos leales.

—

Mujeres, niños, jóvenes y ancianos
acuden presurosos,
con coronas de espinas en las manos,
los semblantes llorosos.

—

Grabados los pesares más intensos
en las torvas facciones,
cuarenta mil polacos, indefensos,
ciñen negros crespones.

—

Y en las calles la turba se difunde,
y alza un fúnebre canto
que á los verdugos de Polonia infunde
indignación y espanto.

—

Un general, tirano moscovita,
á la turba enlutada

pregunta: «¿Qué queréis?» Y el pueblo grita:
«¡Nuestra patria adorada!»

—

La aguda espuela entonces los lanceros
clavan á sus bridones,
y aplican con furor los artilleros
la mecha á los cañones.

—

Y alumbrando el horror y la matanza
del sol la viva lumbre,
palmas de regios esplendores lanza
sobre la destrozada muchedumbre.

Septiembre 97.

PÚSKIN

—

Púskin era feliz: en su ancha frente
irradiaba el fulgor de las auroras,
y en su inflamado corazón reía
el amor sobre céspedes y rosas.

—

Púskin era feliz: su noble pueblo
amaba sus espléndidas estrofas,
lozanas flores de encendida púrpura
rebosantes de lágrimas y aromas.

—

Púskin era feliz; mas la perfidia
le hizo apurar su emponzoñada copa:
¡que el vate era una estrella, y las estrellas
tienen por manto las nocturnas sombras!

—

¡Oh, mísero cantor! Para tus ojos
tejió una venda tu gentil esposa
con los rojos cabellos que envolvían,
como una hoguera, sus divinas formas.

—

Y en el marfil de sus redondos senos
reclinaba la sien abrasadora,
sin ver que aquellos senos eran nidos
de víboras y sierpes venenosas.

—

Mas la venda rasgóse, y descubierto
el negro crimen, tu alma soñadora
aplastada quedó bajo el escombro
de tu ventura para siempre rota.

—

¡Triste Púskin, la musa de tus cantos,
tu compañera, tu ilusión, tu diosa,
te arrancó el corazón mientras dormías,
y á las panteras lo arrojó traidora!

—

Y por vengar tu honor despedazado,
la muerte, en duelo con el vil, afrontas,
y te arrebata la preciosa vida
el hombre infame que ultrajó tu honra.

—

Noble Púskin, tu patria, desde entonces
inconsolable, tus desdichas llora,
y ve flotar tu cuerpo ensangrentado
sobre el mar luminoso de la gloria.

Septiembre 97.

GOETHE EN WEIMAR

A D. Antonio Gazzido.

Weimar, el pueblo insigne, fanal de la poesía,
feliz nido de amores,
ardiendo en entusiasmo y henchido de alegría,
hoy lanza á los espacios torrentes de armonía
y vístese de flores.

—

Weimar danza á los sones de flautas melodiosas
y dulces bandolines,
y en su regazo arrastran las brisas vagorosas
cantares, besos, risas y pétalos de rosas,
de nardos y jazmines.

—

Weimar, rendida esclava del genio fulgurante,
del vate peregrino,

festeja al *gran pagano* con gozo delirante
y eleva á su gallarda figura de gigante
un zócalo divino.

—

¡Oh, ved, ved al poeta de príncipes cercado,
radiosa la ancha frente;
envuelto en ricas telas de púrpura y brocado
y más gentil que Apolo, sereno y coronado
del lauro refulgente!

—

Weimar es el Olimpo donde, cual dios triunfante,
apura la ambrosía
este creador que rueda, desenfrenado amante,
del carro de la gloria, dorado y resonante,
al lecho de la orgía.

—

Y al dar en ese Olimpo sus más bellas canciones
el arpa embriagadora
del alemán sublime que adoran las naciones,
del vate que ilumina los tiernos corazones,
con luz deslumbradora;

—

transfórmanse del arpa las notas cristalinas
en musas hechiceras,
en jóvenes hermosas, bizarras heroínas
de refulgentes ojos, de bocas purpurinas
y undosas cabelleras.

—

Y besos depositan en la anchurosa frente
del genio soberano
Lili, la encantadora de labio sonriente;
la noble *Federica*, de regio continente
y amor siempre lozano;

—

Leonor, altiva musa del Tasso protectora;
Mignon, la niña pura
de lágrimas y cantos henchida, cual la aurora;
la olímpica *Ifigenia*, beldad fascinadora
de helénica hermosura;

—

la alegre *Dorotea*, de frutos sazonados
luciendo una guirnalda;
Eugenia, deslumbrante de sedas y bordados;

Otília, humilde y tierna, los rizos desatados
sobre la nívea espalda;

—

la costurera *Clara* que, ingenua y valerosa,
la muerte desafía;
Elena, madre augusta del arte, excelsa diosa,
de cuyo seno surge feliz y esplendorosa
la nueva poësia.

—

Mas para el gran poeta el beso más querido,
más lleno de dulzuras,
es el de *Margarita*, la rubia que ha nacido
«del llanto doloroso que, tristes, han vertido
las mártires obscuras.»

Agosto 97.

JORGE MANRIQUE

Á D. Andrés Ovejero.

Nave de mi fantasía,
tu casco por cristalino
mar resbala,
y al soplo de la poesía,
despliegas tu blanco lino,
como un ala.

¡Nave azul, boga ligera
y condúceme al verjel
de la Historia:
á la mágica ribera
donde florece el laurel
de la gloria!

Allí, de torres feudales
al pie de los cincelados
miradores,
cantan hazañas triunfales
y el amor los afamados
trovadores.

Entre todos, allí brilla
el vate Jorge Manrique,
gran guerrero,
luz y espada de Castilla,
que venciera al cuarto Enrique,
con su acero.

Manrique, mozo gallardo,
arrogante defensor
de Isabel (1);
paladín, como Bayardo,
á su reina y á su honor
siempre fiel,

(1) La Reina de Castilla.

espejo es de la bravura,
del asalto en los furores
y en torneos,
y consagra á una hermosura
sus endechas, sus amores
y trofeos.

El lauro de Jorge ufana
la ancianidad de su noble
padre amado,
como la yedra engalana
el tronco de un viejo roble
deshojado.

Muere el héroe don Rodrigo (1),
el que á insignes campëones
humilló;
aquel de buenos abrigo,
que villas y corazones
conquistó,

(1) El padre de Jorge Manrique.

y Jorge, al ver apagado
sol tan hermoso y luciente
de virtud,
besa á su muerto adorado,
y baña con lloro ardiente
su ataúd.

Y ante el palacio deshecho
de su ilusión, su alegría
y esperanza,
el bardo siente en su pecho
la afilada punta fría
de una lanza.

Después, su estro volador
de tinieblas y congojas
al través,
gime como un ruiseñor
que se queja entre las hojas
de un ciprés.

Y canta en bella elegía
la inconstancia y los rigores
de la suerte:
¡profunda, excelsa poesía
que ornan las pálidas flores
de la muerte!

.....

¡Nave azul, boga ligera
y condúceme al verjel
de la Historia:
á la mágica ribera
donde fulgura el laurel
de la gloria!

Allí, en la noche estival,
de la luna al argentado
resplandor,
vibra en arpa de cristal
el canto más inspirado
del dolor.

Enero 99.

GARCILASO

A D. Manuel Tolosa Latour.

I

Por senda de laureles y rosales
y arrullado por céfiro sonoro,
Garcilaso, á las lumbres matinales,
rige un caballo con rendaje de oro.
Cantando el mozo va, la faz serena,
bañada en resplandores;
el ademán gallardo; el alma llena
de paisajes rïentes,
de perfumes de flores
y músicas de pájaros y fuentes.
Canta el mancebo rústicos amores
en estrofas más claras que las linfas
de transparente lago; estrofas bellas

que, en su terso cristal, lucen las huellas
de los húmedos labios de las ninfas.
De pronto, Garcilaso,
presa de ardiente anhelo,
de su bravo corcel detiene el paso,
y con rápida acción desciende al suelo.
Es que ha visto en la lóbrega enramada,
que pueblan ruiseñores y palomas,
á *Flérida*, su amada,
vertiendo luz y prodigando aromas.
La beldad, ruborosa y palpitante,
prendidos de jazmines los cabellos,
arrójase en los brazos de su amante;
quien, al ceñir con ellos
prendas tan codiciadas como hermosas,
se imagina estrechar ramo fragante
de azucenas y rosas.

¡Oh, *Flérida* querida! ¡Oh claros ojos,
alborada de vivos esplendores!
¡Oh, doncella de rojos

labios, de las abejas tentadores!
¡Oh, amor primero, henchido de ventura,
panal de miel, corona de violetas!
Siempre se elevará tu imagen pura
en los recuerdos de placer intenso
del más dulce y gentil de los poetas,
cual hostia blanca entre azulado incienso!

II

Raudo el tiempo ha corrido,
como árabe corcel, y heroico el vate
á su frente ha ceñido
los épicos laureles del combate.
Su noble alma altanera,
rebosando valor y ansia de gloria,
flotó en la lid guerrera,
cual bélica bandera
que guarda entre sus pliegues la victoria.
El poeta soldado

en su pecho acogió nuevos amores;
pero ni de la lucha en los furores
ni en brazos de otras bellas, ha olvidado
de *Flérida* los ojos seductores.
Y cuando, combatiendo con fiereza
en su última batalla,
rueda á un abismo, hendida la cabeza,
al escalar, valiente, una muralla,
á un fiel amigo el tierno Garcilaso
ruega, ya moribundo y anhelante,
que su banda de raso
entregue, en prueba de su amor constante,
á *Flérida*, su musa deliciosa
de inmaculado seno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por Abril de flores lleno.

Septiembre 97.

GÓNGORA

A D. Vicente Toscano Quesada.

En las noches invernales,
cuando brama el aquilón
y triste la lluvia suena
como funeral tambor,

Góngora, el insigne vate
de los campos y del sol,
viejo, pobre y enclavado
sobre la cruz del dolor,

para calmar sus pesares
lanza su imaginación
de la aurora de su vida
por el cielo brillador.

Y vese joven, al viento
dando su argentina voz,
bajo las verdes palmeras
y los naranjos en flor.

Para gozar los encantos
de su plácida canción,
dejan las aves el nido
que fabricara el amor;

las ninfas del claro Betis,
su cristalina mansión,
y las cándidas pastoras
su ganado balador.

Su endecha á las alboradas
los esplendores robó
y á las torcaces palomas
el arrullo gemidor.

Con veste de azul y plata
Guadalquivir la vistió,

y claveles y azahares
diéronle aroma y color.

Su endecha, lira que luce
por cuerdas rayos de sol,
ya es idílica zampoña,
ora dardo punzador;

ya morisca pandereta
de ronco y gárrulo son,
ora azucena fragante
donde anida un ruiseñor.

Como abeja melodiosa
va á posarse su canción
en los labios de las bellas,
y liba mieles de amor.

Y musas, ninfas, pastoras,
embriagadas de pasión,
coronan con frescos lauros
la frente de su cantor.

Y él duérmese, acariciado
por el céfiro veloz,
bajo las verdes palmeras
y los naranjos en flor.

Luego, hundiéndose la torre
de marfil de su ilusión,
su éxtasis, blanca paloma,
en cuervo se convirtió.

Y al verse olvidado y viejo,
sobre la cruz del dolor,
un raudal de llanto y sangre
arroja su corazón.

Enero 98.

LA MUSA DE LOPE DE VEGA

Sobre una rota bandera
de los tercios españoles
que la gloria en cien batallas
coronó de resplandores,

nació la arrogante musa
del famosísimo Lope,
estro y corazón de llamas,
delicia y pasmo del orbe.

La musa más voladora
que los fieros aquilones,
más fecunda que los prados,
más excelsa que los montes;

musa que cantó en la escena
grandes, ínclitas acciones,
y el honor, el patriotismo,
la amistad y los amores;

la musa que celebrara
á la mujer fuerte y noble
que con absoluto imperio
reina en nuestros corazones,

vino al mundo en noche alegre
de aromas y de fulgores,
noche de amor y verbena,
de besos y de canciones.

Á la deidad festejaron
en tan memorable noche
y aclamaron la bandera
de los tercios españoles,

Esquilo, el sublime Esquilo
con sus implacables dioses,

y Sófocles con sus héroes,
y Eurípides con sus hombres.

Y entre los velos de plata
de los astros brilladores,
cantaban las nueve musas
himnos de mágicos sones.

Enero 99.

CALDERÓN

A D. Julio Bellicer.

El bravo pueblo español,
con su ardiente fantasía,
su grandeza, su hidalguía
y su alma llena de sol,

mostróse en la edad inquieta
de los Austrias, encarnado
en un valiente soldado
incomparable poeta:

en don Pedro Calderón,
en cuyos sublimes dramas
late, entre fiebres y llamas,
de la patria el corazón;

el vate que en sus poemas
—del arte hispano alta prez—
traza ejemplos de altivez
y limpio honor; los problemas

de la razón soberana
y los del libre albedrío,
y pinta el cuadro sombrío
de la triste vida humana

con sus dudas, sus anhelos,
sus venganzas, sus amores
y los trágicos furores
del torrente de los celos.

¡Gloria eterna á Calderón,
príncipe de la poesía,
ejemplo de bizarría,
de caballero blasón!

¡Gloria al genio esclarecido!
¡Gloria al pensador profundo,

si celebrado en el mundo,
en España bendecido!

Su estatura gigantea
él dió á *Segismundo* fiero;
su espíritu, al justiciero
Alcalde de Zalamea;

su sangre, á su patria amada;
á la escena, su laúd;
á la iglesia, su virtud,
y al rey, su homérica espada.

Y en toda su obra inmortal,
fuente de luz y hermosura,
obra inmensa que fulgura
como un palacio imperial,

alienta el pueblo español
con su ardiente fantasía,
su grandeza, su hidalguía
y su alma llena de sol.

Enero 98.

Á ESPRONCEDA

¡Cuánto labio apagó su sed ardiente
y cuánto corazón templó su brío
en tu canto magnífico y doliente,
como en brillante y clamoroso río!

Tu alma de fuego, combatiente bravo,
fué, para los altivos patrïotas,
hoguera á cuya luz un pueblo esclavo
vió para siempre sus cadenas rotas.

Y tu vibrante genio impetüoso,
de tempestades y fulgores lleno
—jinete en un caballo poderoso
libre de riendas y acerado freno,—

recuerda por su audacia y sus proezas
al paladín, terror en las batallas,
que entraba en las cerradas fortalezas,
con su corcel salvando las murallas.

¡Oh, cuántas veces la rosada aurora
me sorprendió vertiendo amargo llanto
sobre tu libro, llama abrasadora
que lanza entre esplendor hermoso canto!

¡Cuántas veces te vi gallardo y fiero,
al través de tus versos fulgurantes,
cual *Montemar*, la mano en el acero,
y el furor en los ojos centellantes!

Y en los festines, lúgubre y hastiado,
esquivar de *Jarifa* voluptuosa
el rojo labio, pétalo arrancado
del corazón sangriento de una rosa!

¡Cuántas veces te vi, bello y triunfante,
coronada la sien de intensa lumbre,

bizarro el ademán, la voz tonante,
arengando á la inmensa muchedumbre!

ó convertido en capitán pirata,
sentado alegre en la risueña popa
y mecido por mar de azul y plata,
divisando *Asia á un lado, al otro Europa.*

Ya, ante el sepulcro de la triste *Elvira*,
presa te miro de mortal desmayo;
ya, transformando tu valiente lira
en la espada invencible de *Pelayo*;

ora, en fin, demudadas las facciones
y anegados en lágrimas los ojos,
contemplando, á la luz de los blandones,
de *Teresa* los míseros despojos:

visión negra y terrible, que devora
las dulces esperanzas de tu pecho,
dejando para siempre, asoladora,
tu noble *corazón pedazos hecho*;

y que arranca á tu plectro desolado
un canto lleno de amargura y brío,
que resplandece como el sol dorado
entre el ramaje del ciprés sombrío.

¡Oh sublime cantor de los dolores!
todo joven hispano ama tu gloria
y, al par que tu desdicha y tus amores,
guarda con entusiasmo en su memoria

versos de *El Diablo Mundo*, en que flamea
tu juventud radiante y agitada,
que, al huracán del infortunio ondea,
cual bandera de sangre salpicada,

Septiembre 97.

FIN

Nota.

Las siluetas de Horacio, Byron, Heine, Edgar Poe y otros poetas esclarecidos figuran en el libro del autor, *La Vida inquieta*.

ÍNDICE

	Páginas.
A la Poesía	5
Juventud de Homero	7
Anacreonte	11
Esquilo	15
Catulo	19
Adolescencia de Virgilio	23
Ovidio	27
Muerte de Kalidasa	31
Dante	37
Tasso	43
Á Leopardi	49
Firdusi	51
Hafiz	55
El ensueño de Shakespeare	59
Milton y Débora	65
Shelley	69
Andrés Chenier	73
Beránger	77
Víctor Hugo	83
Juventud de Musset	87
Ligenza	91
Pusquin	97
Goethe en Weimar	101
Jorge Manrique	105
Garcilaso	111
Góngora	115
La musa de Lope de Vega	119
Calderón	123
Á Espronceda	127
Nota	131

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas.
ANDANTES Y ALEGROS (poesías). Agotada.....	2
CROMOS Y ACUARELAS (poesías).....	3
EL DEDAL DE PLATA (monólogo dramático). Agotada.....	1
LA VIDA INQUIETA (poesías).....	3
LA CANCIÓN DE LAS ESTRELLAS (poema).....	1
POEMAS PAGANOS.....	1
RAYO DE SOL (poema).....	1
EL JARDÍN DE LOS POETAS.....	2